

Conferencia inaugural: La contemplación de Dios en el patrimonio cultural de la Iglesia. Jornada académica “Arte, fe y patrimonio”, a cargo del Cardenal Baltazar Porras Cardozo, Arzobispo de Caracas¹

Comienzo por agradecer la presencia de todos ustedes en esta jornada especial, titulada “Arte, fe y patrimonio”, para entusiasmarlos más en la custodia, conservación y crecimiento de nuestro acervo cultural religioso. En particular, el agradecimiento a S.E. Mons. Edgar Peña Parra, Sustituto de la Secretaría de Estado, por prestigiar esta jornada con su presencia y su ponencia. Mil gracias, querido Monseñor. Su vasta experiencia en el servicio diplomático de la Santa Sede lo ha llevado a convivir con culturas muy disímiles en las que los vestigios de la herencia cristiana han dejado su huella humanizadora.

La Pontificia Comisión para el Patrimonio Cultural de la Iglesia nos recuerda que

a lo largo de su historia milenaria, la Iglesia se ha esforzado en múltiples iniciativas pastorales adaptándose al carácter de muy diversas culturas con la única intención de anunciar el Evangelio. El recuerdo de las obras realizadas confirma el esfuerzo incesante de los creyentes por buscar aquellos bienes idóneos para crear una cultura de inspiración cristiana con el fin de promover plenamente la persona humana como condición indispensable para su evangelización.²

Así, pues,

La gestión cultural viene determinada por el actuar mismo del hombre en el mundo. Nace de los procesos de transformación del entorno, de la organización social, de las convicciones religiosas, de la habilidad técnica, de los usos y de las costumbres. Los bienes culturales son el elemento material y expresan el construir del hombre engendrando cultura. Su razón suficiente está en el ser humano, creador de la cultura, por lo que no existen por sí mismos, sino para

1. Esta conferencia tuvo lugar en el Centro Cultural Chacao, el lunes 14 de noviembre de 2022.

2. *La función pastoral de los archivos eclesíasticos* (Ciudad del Vaticano: s.n., febrero 1997).

el hombre. (...) La Iglesia, que es al mismo tiempo grupo visible y comunidad espiritual (LG 8), avanza junto con toda la humanidad y experimenta la misma suerte terrena del mundo, y existe como fermento y alma de la sociedad humana, que debe ser renovada en Cristo y transformada en familia de Dios³.

Se me ha pedido disertar sobre la contemplación de Dios en el patrimonio cultural de la Iglesia. Más que una exposición académica prefiero limitarme a expresar mi experiencia personal a través de la cercanía al patrimonio como camino de espiritualidad:

Las distintas comunidades cristianas se reconocen así en las diversas manifestaciones del arte, y del arte sacro en particular, creando un fuerte vínculo que caracteriza y distingue a las Iglesias particulares en el itinerario religioso común. También han recogido en archivos, bibliotecas, museos, una innumerable cantidad de artefactos, documentos y textos que se han producido a lo largo de los siglos para dar respuesta a las diversas necesidades pastorales y culturales.⁴

Agradezco las enseñanzas recibidas desde mis años de Seminario Menor en Caracas, pues se nos inculcó respeto, consideración y aprecio por los objetos sagrados de culto, veneración o contemplación del arte. Era obligatorio que cada uno de nosotros pasara por el oficio de ayudante de sacristán, bajo la dirección de un seminarista mayor estudiante de teología. El manejo de estos objetos no era un simple oficio de limpieza o traslado. Debía hacerse con primor para expresar en uno el aprecio por lo que tenía entre manos.

En aquellos años, el gran arzobispo Rafael Arias Blanco se preocupó por rescatar el maltratado estado del archivo arquidiocesano. Hizo trasladar del Palacio Arzobispal a la terraza posterior de la capilla del Interdiocesano numerosas cajas que contenían documentos desde el siglo XVI hasta el presente. Encargó para ello al anciano sacerdote español Jaime Suriá, quien con paciencia benedictina dedicó los últimos años de su vida a salvar

3. José Manuel del Río Carrasco, "Los bienes culturales de la Iglesia como medios de evangelización", en *El patrimonio eclesialístico venezolano. Pasado y futuro*, ed. por Baltazar Porras Cardozo, Ana Hilda Duque, Niria Rosa Suárez y Raquel Morales Soto, tomo I (Caracas: Fondo Archivo Arquidiocesano de Mérida, UCAB, Konrad Adenauer Stiftung, 2006), 35-37.

4. La función pastoral de los archivos eclesialísticos.

y reorganizar aquel cúmulo de legajos. Buen conversador y maestro, solicitaba la ayuda de nosotros para mover paquetes de un lado a otro, bajo su vigilancia. Parecía un alquimista que intentaba descubrir la fórmula mágica de desentrañar lo que contenían aquellas hojas amarillentas. Su testimonio fue una clase viva que quedó prendada en nuestras mentes juveniles.

Una de las materias más interesantes de segundo año de bachillerato era la cátedra de arte y manualidades. El Padre Claude Martin, eudista, recién llegado de Canadá, la daba con gran cariño y nos hacía participar vivamente aprendiendo a trazar en el pizarrón la diferencia entre un capitel dórico, jónico o corintio. Valorar la perspectiva, conocer los estilos desde la antigüedad grecorromana hasta las corrientes modernistas, eran horas de disfrute estético y de disciplina relajada, porque el P. Martin no dominaba entonces el castellano y nos lo decía en francés, lo que nos sonaba muy bien pero no lo entendíamos. Con la destreza de sus manos y la habilidad de un buen artesano nos enseñó a repujar el cuero y la encuadernación de folletos y revistas.

En las salidas a participar en celebraciones y festividades en las iglesias principales de Caracas, nos careábamos unos a otros, para definir si esta columna, o el matiz de este color se correspondía con lo aprendido en el aula al conjugar la mezcla de colores en la paleta que nos ofrecía el profesor. Describir la Santa Capilla iba acompañada de su entorno histórico: capilla real de los monarcas galos y preferencia afrancesada del general Guzmán Blanco. Fueron las bases que adquirimos los que pasamos por las aulas y las manos de sabios maestros franceses, españoles, alemanes, canadienses, colombianos y venezolanos. Esta gama multicolor de los docentes de nuestra época enriqueció la visión de un mundo ancho y ajeno no circunscrito a lo local.

Con este bagaje cultural fuimos enviado a estudiar la Teología en la vetusta Salamanca en su universidad pontificia con la solera de siglos, hacemos nuestra la herencia de los Dominicos de San Esteban, de Fray Luis de León o de los Salmanticenses, pues es uno de los centros de estudios superiores más antiguos de Europa. Rodeado de vetustos monumentos de todos los estilos, catedral vieja románica, y gótica la nueva, la casa de las Conchas y la austeridad herreriana de palacios nobiliarios. La Plaza Mayor, monumento de estilo barroco dieciochesco diseñada por Alberto Churriguera. Los monasterios femeninos de clausura, centros de recogimiento, oración y trabajo de filigrana.

Ese entorno arquitectónico y artístico entra en sintonía con la reflexión teológica en la que la verdad y la bondad se hermanan con la belleza como categoría que nos acerca a la imagen perfecta de Dios. Como seres humanos, imperfectos, llegamos al umbral de la belleza a través de los grandes pensadores de todos los tiempos, como nos lo recuerda Bruno Forte, al hilvanar el acento que pone cada uno de ellos:

En Agustín, recuerda el principio platónico de la unión de la belleza con el amor, mientras que en el Aquinate quiere ver la belleza como «amor crucificado». Amor y belleza conciliados en Cristo con el dolor y la muerte. En Kierkegaard descubre de un modo netamente existencialista la belleza como angustia y desesperación, mientras Dostoievski ofrece la clave trágica y ambigua de la belleza: esta puede ser, por un lado, para el bien y para el mal, en función de nuestra libertad; además la belleza morirá en Cristo, pero también en él resucitará. En Von Balthasar, recuerda el mencionado principio de «el Todo en el fragmento» en su sentido más fuertemente cristológico, que se hace presente tanto en la encarnación como en la muerte y en la resurrección. Por último, Endokimov nos ofrece una teología del icono: este es una ventana abierta al misterio divino, en el que se unen Tabor y Calvario, belleza transfigurada y belleza crucificada.

Desde América Latina, Ignacio Ellacuría parte de la negatividad de la historia de opresión para abrir paso a la liberación esperanzada en los logros siempre imperfectos de acercarnos a la belleza del Dios encarnado en el Jesús histórico. Por ello, la belleza no está reñida con la pobreza, al contrario, la fragilidad y carencia es motor esperanzado por alcanzar el umbral de Dios en la vida cotidiana.

Este excursus nos reafirma en la necesidad de aprender a leer la realización humana de la búsqueda de lo trascendente, a través del arte. Cuando la lectura no estaba al alcance de la mayoría, la pintura y la escultura fueron el libro abierto para que tanto el campesino como el letrado asumieran el mensaje cristiano. Pensemos en la lectura del juicio final de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, o el recorrido del Antiguo al Nuevo Testamento en el Pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago de Compostela.

Las pinturas que contemplamos en nuestros templos más antiguos tienen

la belleza y el candor de sus autores, expresión de la fe popular recibida en la catequesis sencilla de los misioneros y doctrineros. El Pintor del Tocuyo nos dejó en las imágenes de la Virgen del Rosario o de la Asunción la visión celestial de la Virgen, cercana a la tierra y, por tanto, intercesora nuestra. Cada una de las capillas de la Catedral de Caracas recoge la devoción de la época, expresión genuina y transformadora de la fe creyente de nuestro pueblo. Sumemos a ello la música sagrada, los cantos a lo divino y las parrandas como expresión alegre de la fe que se comparte al salir de la celebración.

Cada iglesia, desde las mejores expresiones del sencillo arte colonial venezolano, aparentemente pobre en relación con los vistosos templos de los virreinos coloniales o de las catedrales europeas, transmiten el sentido de lo sagrado, espacio que rompe la inexpressión de lo profano, y nos conecta con el anhelo profundo de Dios. Como nos dice Mircea Eliade, “dioses vestidos de paisano”. Lo sagrado es el concepto clave para comprender lo religioso. Toda experiencia religiosa auténtica implica un desesperado esfuerzo por descubrir el fundamento de las cosas, la realidad última. El ser humano trata de descifrar en lo temporal e históricamente concreto lo que trasciende el tiempo y la historia. El hombre moderno, según el mismo autor, pretende asentarse sin nostalgias paradisíacas en este mundo. Acepta la finitud y el relativismo. Busca, en definitiva, situarse en el horizonte de la profanidad. Es, por tanto, un gran desafío religioso porque, por primera vez en la historia de la humanidad, asistimos a la pretensión de negar la existencia de lo sagrado para poder ser verdaderamente humanos.

Cuando hojeamos un legajo de siglos pasados, como, por ejemplo, alguna de las actas de la visita pastoral del Obispo de Caracas, Mariano Martí, conectamos con la fe de nuestros antepasados y hacemos realidad lo que profesamos en el Credo: la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Lo mismo cuando contemplamos, en cualquier iglesia o en la vitrina de un museo religioso, un objeto de culto; vemos en la sencillez de los materiales o en lo tosco del acabado el ingenio de quienes ofrecieron lo mejor que tenían para honrar al Señor, acompañados casi siempre de la preocupación por la atención a los más pobres o desasistidos de la sociedad. Como en todo, lo positivo nos eleva, y lo negativo nos invita a no caer de nuevo en la tentación.

A Dios, a quien no vemos, lo tenemos que contemplar en el rostro de nues-

tros prójimos a quienes sí vemos. El rostro integral incluye el medio ambiente, lo ecológico. “Las reflexiones teológicas o filosóficas, -nos dice el Papa Francisco-, sobre la situación de la humanidad y del mundo pueden sonar a mensaje repetido y abstracto si no se presentan nuevamente a partir de una confrontación con el contexto actual, en lo que tiene de inédito para la historia de la humanidad”⁵.

Queridos amigos, los invito a que veamos en el patrimonio cultural religioso una realidad cercana e interpelante acerca de lo que somos y hacemos. Es una escuela de vida y una exigencia de transparencia, verdad y fraternidad. La tradición de conservación y de mecenas de las artes, al correr de los siglos ha tomado características de ley eclesiástica. El mejor y principal ejemplo fueron los papas, los obispos y los monasterios. Se puede afirmar que, desde Trento, ha existido una continuidad en la legislación interna de la Iglesia Católica para conservar, preservar y producir bienes artísticos, históricos o culturales. Todos ellos dominados por la óptica de la fe, razón última de la generación de estos bienes.

Mi mayor anhelo es que estas jornadas de arte, fe y patrimonio nos hagan tomar conciencia de que es responsabilidad compartida por todos. Que sean escuela viva para valorar lo propio, con rostro mestizo, con la sencillez de nuestro arte, pero con la madurez de una fe que se disemina en bien del prójimo sin distingos. Aprendamos a leer, a contemplar el rostro de Dios en el patrimonio cultural de la Iglesia.

Señores.

5. Carta encíclica *Laudato si'* del santo padre Francisco sobre el cuidado de la Casa Común, 17, https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html)